

PATRIA Y REPUBLICA
Union republicana.—Federación Ibérica
Procedimiento revolucionario

Muscripción.—PAGOS ADELANTADOS
En Madrid, un mes...
Provincias y Portugal, trimestre...
Ultramar y naciones convenidas, en el
tratado postal, semestre...
Este mismo plazo en las naciones no con-
venidas...

EL IDEAL

LA CORRESPONDENCIA SE DIRIGIRÁ EN ESTA FORMA:
EMILIO PRIETO Y VILLARREAL, Capitanes, 1.º segundo.—MADRID

MORALIDAD Y JUSTICIA
PRECIOS DE ANUNCIOS
En la segunda plana, la línea...
En la tercera...
En la cuarta...
Anuncios de preferencia en los folletos
del folletín...
Número atrasado...
75 ejemplares 75 céntimos

POR LA IDEA TIJERETAZOS
LO QUE PIDE EL PAIS

Un periódico conservador trueno contra el
Gobierno liberal y contra el Sr. Sagasta por-
que no abandonan el Poder ni dejan libre el
ejercicio de la regia prerrogativa, que dice
se encuentra secuestrada. En otro lugar de
este número verán nuestros lectores algunos
párrafos del artículo en cuestión, más revol-
ucionario y furibundo que los que nosotros
pudieramos escribir contra la decadente mo-
narquía.
Y es que cuando el descontento de un pue-
blo llega al extremo que ha llegado ya en Es-
paña, y la opinión se encuentra tan unánime
en condenar la desastrosa conducta de un
Gobierno sin decoro, que ha sacrificado en
arabes de su ambición hasta los últimos resos
del crédito nacional, todo ciudadano digno y
honrado, que en algo estime el prestigio de su
Patria, se halla obligado a defenderse contra
los infames ataques de sus opresores, sea
cualesquiera el partido político a que pertene-
zca.
Pero hoy los revolucionarios españoles
no somos, no sólo por convencimiento, por
interés de un partido y de una idea, sino por
el interés nacional, más sagrado y respecta-
ble que el de una dinastía y el de un trono
llamado a desaparecer en breve plazo por las
eternas leyes de la historia.
Así es de extraño que un partido de
Gobierno se muestre tan revolucionario como
nosotros, y sus órganos en la prensa se ha-
gan eco de los clamores de la opinión, lla-
mando contra el Gobierno terribles acusacio-
nes, de las que no podría defenderse el polí-
tico más fustigado que hemos padecido en Es-
paña.
Bueno es también que de esa suerte rayan
saliendo a la superficie todos los rencores y to-
das las discordias que en el campo monárqui-
co se agitan en desprestigio de la institución
que ellos defienden; así tendremos nosotros
gran parte del camino andado para dar al
traste con todos los que a la sombra de la
monarquía viven, cuando llegue el día de las
grandes responsabilidades.
Ya ve, pues, el pueblo republicano cómo
la idea revolucionaria, por nosotros defen-
dida, va también arraigando entre aquellos
que más se han distinguido por sus instintos
pacíficos. Ya no somos nosotros solos, los re-
publicanos revolucionarios, los que pedimos
y deseamos a todo trance la Revolución co-
mo único medio de salvar a España de la ca-
tástrofe que la amenaza; son los mismos mo-
nárquicos, es toda la parte honrada y sana
del país la que, con nosotros, pide un movi-
miento de fuerza enérgico y decisivo que de
el golpe de gracia a esta insostenible situa-
ción.
Así lo exige el bienestar, la honra y el de-
coro de la Patria, pisoteado por un Gobierno
sin dignidad y sin vergüenza.

EL ESTANDARTE

Hasta en el campo conservador se levanta
El Estandarte de la revolución viviva.
Véase como:
«Ahora bien; ¿pueden una nación, porque un
hombre político se lo proponga o un partido
lo quiera, quedar presa de la arbitrariedad,
enseñoreándose de haber ahorrado la pre-
rogativa y sujetada a nefandas pasiones?
«Eso no puede ser; de poderlo, sería ver en
breve aproximarse medios revolucionarios
decisivos, pero aplaudidos por la opinión y
sancionados por todos los hombres de buena
voluntad.»
Esto lo dice El Estandarte.
Y, fijense nuestros lectores en lo que los
monárquicos de todas las castas cono-
cidas son los que describen la situación de
España con tan negros colores, y los que ha-
blan de medios revolucionarios decisivos.
Y luego se enfadarían con nosotros si grí-
táramos:
«¡Viva la República!»

EL CURA DE SALAMANCA

Un clérigo integrista,
que se pierde de vista
y es; de seguro, de escopeta y perro,
tuvo que ir hace días a un entierro
de uno que falleció sin ser carlista,
y, al ver en las coronas que el difunto
nunca participó de sus ideas,
su integrista feroz subió de punto,
y comenzó a decir cosas muy feas,
lo que está muy mal visto
en un hermano nuestro en Jesucristo,
acabando por irse muy en serio
sin cumplir su sagrado ministerio.
Yo, infelice, creía
que si alguien se moría
católico, apostólico, romano,
el clero por el muerto rezaría,
ya fuese liberal, ya ultramontano,
entre muchas razones bien fundadas,
porque esas cosas siempre son paga-
das.
Pero resulta ahora que si el muerto
no fue carlista en vida, y se descuida,
se da por caso cierto
que se va a los infiernos enseguida,
porque la Iglesia empieza
a escudriñar su vida,
y, si no fue carlista, no le reza.
Así, cuando yo siento
que alguna enfermedad cruel intenta
conducirme a la fosa,
teniendo muy en cuenta
que me voy a morir, y que no es cosa
de estar en el infierno eternamente
por ser intransigente,
en el instante mismo
siento plaza en el campo del carlismo,
y el cielo alcanzaré seguramente,
porque fuera estar loco
perder la gloria eterna por tan poco.
Desde ahora, lo anuncio:
El cura que me asista cuando muera,
sepa que a ser lo que ahora soy, re-
nuncio,
que ya soy un carlista de primera,
y si a mi funeral, en ropa blanca,
vamos, con la sotana y el roquete,
viene el cura feroz de Salamanca,
puede rezar, sin duda, como siete,
porque su proceder me ha convencido.

POLITICA

Los asuntos municipales van preocupando
a todos los españoles. Decimos mal, no son
los municipales exclusivamente, sino los mu-
nicipales y provinciales. El mal no es exclu-
sivo de esta ó de la otra población. Si en Ma-
drid se habla de chanchulleros y de negocios,
en Granada es apalado en pobre casa por-
quejarse de que no le abonan su sueldo. Ver-
dad es que, aparte de estas quejas, muy or-
dinales, ciertamente, censuraba al juego, lo
cual también es sumamente lógico. Pero como
la lógica no impera siempre, sucedió que el
buen sacerdote fué a dar con sus quejas y
sus censuras y su cuerpo en la cárcel.
Cantemos:
Y para ver tal situación
se hizo la gran restauración.
El Siglo (presente) escribe, un artículo ti-
tulado La crisis viene, cuyo artículo termi-
na con estas palabras: «Después de los ne-
gocios públicos constituye un peligro ver-
daderamente grave.»
«Pero esto la crisis viene con toda su ma-
gnitud, que es como el país desea.
Eso es tan extenso como el país desea.
Hasta que no quede un nido monárquico
para un remedio.»
La Epoca también dice que la continua-
ción del partido liberal al frente de los ne-
gocios públicos constituye un peligro ver-
daderamente grave.
Y cuando suban al Poder los conservado-
res, dirá lo mismo de ellos la hoy regocijada
Iberia.
Es cuestión de comer ó no comer.
Y entre tanto, el país ayuna siempre; por-
que tiene razón sobrada El Correo Español,
cuando dice:
«Embargadas las fincas, tiradas las cose-
chas por falta de mercados, paralizado el tra-
bajo, acaparado el oro, desquilibrium de la
balanza comercial, causa determinante de la
subida de los cambios; monopolizadas las
rentas, agobiado el contribuyente por los im-
puestos, falta de armamento, el ejército, ce-
gado por la ignorancia, el pueblo, víctima de
la miseria y de la explotación de los especu-
ladores.»
Con él se encuentra el Sr. Albareda.

LA CARIDAD MONARQUICA

Nada importa a nuestros Gobiernos la mi-
seria que atige a la nación en general, y con
especialidad al agricultor; necesitan dinero,
y en su afán de obtenerlo a toda costa, no
reparan en los medios de quevalen. Sordos a
los clamores de los pueblos agobiados por la
miseria, en vez de prestarle auxilio eficaz, ó
cuando menos atenuar de algún modo la pre-
caria situación de nuestros agricultores, el
Gobierno les envía por todo auxilio a los co-
misionados de arriendo, convenientemente
escoltados por fuerzas de la Guardia civil ó
del ejército.
Las órdenes que dichos funcionarios recien-
den son terminantes: Cobrar a toda
costa.
Si los pueblos protestan, si se oponen a
pagar, entonces hay un medio de obligarles
a ello: despojarlos de lo poco que les queda, y
destruir sus viviendas, no puede emplear la
fuerza armada, sin preocuparse de la sangre
que pueda correr; lo esencial es el dinero. La
caridad monárquica tiene, sed de oro, y han
de apagarla con el fruto del trabajo de los
españoles.
Aragón parece, en tanto que la corte se di-
viera en San Sebastián gastando el dinero
del contribuyente.
En Tarazona la excitación del vecindario
es grandísima; los labradores han perdido
sus cosechas, y en vez de recibir auxilios de
los poderes públicos, se ven por ellos apre-
miados.
En Alcaza el recaudador de contribuciones
cobró 30.000 pesetas, apalando a toda clase
de medios.
En Arced el pueblo no pudo sufrir con pa-
ciencia los desmanes y exigencias del recau-
dador, y se amotinó contra él, dándose el
caso que dicho funcionario, tan activo ahora
para pedir el dinero a los contribuyentes, es
un deudor del Ayuntamiento, y su moralidad
tan notoria, que difícilmente podrá cobrar-
sele.
En Torrehermosa la fuerza que acompaña-
ba al recaudador, por orden de este... fun-
cionario, se apoderó del poco trigo que los
labradores guardaban en sus graneros.
La miseria en este pueblo es grandísima, y
ahora muchos tendrán que emigrar de sus
hogares, si no quieren perecer en ellos de
hambre.
Así es que, cansados los aragoneses de su-
frir atropellos y despojos, parece que han re-
suelto recibir a los recaudadores como se re-
cecen, es decir, a tiros.

Gran negocio debía haber hecho, pues respiraba gozo
el semblante sardónico de la Levrasse, y no tenían tér-
mino sus chanzonetas indecentes.
«En vez de estar tristes os debéis alegrar, palomitas
mías, decía, haciendo chasquear las tijeras sobre las cabe-
zas que mondaba. Estos pelos, que para nada os servían,
van a tener el honor de engalanar la cabeza de las seño-
ras de cierta edad que llevan postizos ó pelucas... ¿se
lucirán adornados de telas de oro y plata, de magníficas
pedrerías, de diamantes soberbios!...
«En vuestra cabeza esos pobres pelos irían tapados por
vuestras gorras magníficas... y ya que siempre estáis
chillando con vuestra miseria, ¿lo menos, una parte de
vosotras irá en coche, a las fiestas más lujosas de la ca-
pital... Esto siempre halaga... y sin embargo... no
me lo pagáis... al contrario... yo os doy dinero...
Vaya, me vuelvo tonto de puro bueno: en lo sucesivo os
advierto... que no pagaré nada... y si como vuestras
cabelleras... será por el honor que os resulte...
Estas zumbas crueles de la Levrasse fueron interrum-
pidas por la hermosa joven de quien hablé antes.
Acercóse hacia la ventana, se sentó tímidamente a la
punta del banco, se quitó la gorrita y dobló la cabeza
sin pronunciar una palabra.
A la vista de su magnífica cabellera de color de azaba-
che, tan larga que llegaba al suelo y se enroscaba en
los desnudos pies de la joven, tan espesa que tapaba su
andrajoso vestido, formando una especie de manto negro,
no pudo la Levrasse menos de decir, a pesar de sus co-
lorados labios, que despreciar el género:
—¡Esto es soberbio!... ¡extraordinario!... no he visto
nada igual...
Un murmullo de sorpresa habíase alzado al aparecer
la joven entre sus compañeras, una de las cuales dijo en
voz baja:

Después de pasados algunos minutos junto a la puerta,
y siempre con la mano en el picaporte, pareció que ha-
cía la joven un violento esfuerzo, alzó al cielo los hermó-
sos ojos azules y volvió con lentitud a ocupar su puesto.
En aquel momento repetía la Levrasse asperamente:
«¡Calaos las gorras; nada tengo que hacer aquí, y a fe que
no valía la pena de venir a perder el tiempo...»
Y dando algunos pasos hacia la puerta, añadió: «La Le-
vrasse...»
—¡A mi vez, buena gente...!
Entonces hubo una escena de regato, innoble y peno-
sa a la vez.
Escena penosa, porque daba lástima ver a aquellas in-
felices, que tanto sabían cuán caro costaba el pan, como
decía la Levrasse; regar, implorar a aquel hombre, con
lágrimas en los ojos algunas de ellas, para que comprara
a cualquier precio sus cabelleras, pobre y último recurso
en que depositaran sus esperanzas.
Escena innoble, porque la Levrasse, abusando con in-
digna rapacidad de la miseria de aquellas infelices, re-
gabeaba obstinadamente onarto a onarto, repitiendo sin
cesar que no le convenía la mercadería, y despreciando
la sin compasión.
Finalmente, agotadas las súplicas, aceptaron las mis-
erables las ofertas del comprador; pedían tres ó cuatro
francos por su mata de pelo, y la Levrasse apenas acce-
dió a darlas veinte sueldos...
Los admitieron... a lo menos tenían para pan tres ó
cuatro días...
Hubo otro momento todavía que me causó una impre-
sión cruel: este fué el de ver, por decirlo así, afeitadas
todas aquellas cabezas cubiertas poco antes de ondate-
nas cabelleras, que se iba a la Levrasse con sus enormes tije-
ras, y que luego me hacía mirar cuidadosamente en má-
jar con elitas de hilo.

las únicas del lugar que, por necesidad, tenían que ven-
der su cabello...
Algunas de ellas, no obstante, manifestaban indiferencia
ó resignación: unas, sentadas en la mesa, tarareaban
una canción, llevando el compás con los dedos; otras
masticaban ansiosas un mendrugo de pan duro y mojado.
Se abrió la puerta y apareció la Levrasse con traje
entre masculino y femenino: pantalón ligero, zagalejo
verde oscuro, casaca ajustada de pana negra y pelo
recogido a la chinesa. Al verle, se levantaron todas las
mujeres con la deferencia humilde é interesada con que
trata al comprador el que necesita despachar su mer-
cadería.
El gesto de mi amo era a la par sardónico y truhanes-
co: dirigió una mirada escudriñadora a sus parroquianas,
é hizo un saludo ridículo.
—Que Dios os guarde, dijo con voz atiplada: parece que
el mercado está bastante concurrido; vamos, pichonas,
despachemos, que traigo prisa: pronto, pronto, fuera las
gorras, y cerviguillos al aire... Os advierto que el pelo
que yo compre hoy ha de ser sobrealiente; de todas par-
tes me le ofrecen casi de balde; como el pan ha subido...
Estas palabras infundieron a todos los circunstantes una
extremada zozobra.
La Levrasse me atizó, y dijo: «¡Válgame Dios!...»
—Martinito, ayúdame con el brazo bueno a acercar
este banco a la ventana; no sea me den gato por liebre;
soy amigo de enterarme de lo que compro...
Ayudé a mi amo a colocar el banco a la ventana, for-
mando un ángulo recto con ella, de modo que diera el sol
de lleno y permitiera juzgar del brillo del pelo.
—Vamos, palomitas, dijo la Levrasse; aquí se abre el
mercado...
Aquellas pobres criaturas corrieron a sentarse en el
banco... excepto la que medio escondida detrás de la

BIBLIOTECA DE «EL IDEAL» 433





